

En vano doctor grave
 El pulso le examina
 Y á su desierta alcoba
 Confuso se retira,
 Y allí selectos libros
 Con avidez registra,
 Hasta que su semblante
 Viene a alumbrar el día.
 «La enfermedad no cede,»
 Exclama cuando mira
 A la paciente inmóvil
 Sin dar señal de vida,
 Y su cabeza mueve,
 Su rostro se contrista.
 ¡Momentos dolorosos
 Para la ciencia altiva,
 Que palpa la impotencia
 De todas sus fatigas!
 Luchando cuerpo a cuerpo
 Con la dolencia impía,
 Terreno aquélla pierde,
 Y ésta, a su vez, domina.
 Ve el médico la tumba
 Abrir su boca fría
 Con que al enfermo amaga
 Y a un tiempo a su adquirida
 Reputación, que el mundo,
 Dechado de injusticia,
 Pídele en sus furios
 Cuenta de aquella vida,

Como si no supiera
 Que si contra Dios lidia,
 La ciencia de los hombres
 Es vanidad, mentira!—
 Fuera desdicha suma
 Morir así tan niña,
 Diana encantadora,
 Joya de tu familia.
 Si de tu edad el alba
 Brillando todavía
 Eras por tu belleza
 Orgullo de este clima
 Do, siempre en calma, el cielo
 Muestra su azul cortina
 Y perfumadas flores
 Brotan las rocas mismas:
 Si prematuro ingenio
 Su aureola distintiva
 Puso en tu excelsa frente,
 Y ahora en agonía
 Sobre espinoso lecho,
 Apenas si respiras,
 ¿Será que el cielo quiera
 Segar en flor tus días
 Porque de poseerte
 Juzgue a la tierra indigna?—
 Entre los mil delirios
 Que su cerebro agitan,

Creyóse ver Diana
 Lejos de su familia
 En solitario templo.
 Ropa talar vestía:
 Privada su cabeza
 De ambas trenzas auríferas,
 Bajo la toca, al suelo
 Con languidez se inclina.
 Del órgano sonoro
 Al brotar la armonía,
 Coro de religiosas
 Apareció a su vista.
 Todas con vela en mano
 Fórmanse luego en fila:
 Sobre lecho de flores
 A que se acueste obligan
 A Diana, y entretanto
 Con dulce voz tristísima
 El canto de los muertos
 Entonan a porfía.
 Ella, por la salmodia
 Un punto adormecida,
 Abre después los ojos
 Y enfrente a Carlos mira,
 Que con los goces puros
 De eterno amor le brinda.
 Ir a su lado amante
 Quisiera; mas vacila,
 Y entonces a su oído
 Severa voz decía:

«En vano acá en la tierra
 Buscas, mujer, la dicha;
 Para las almas nobles
 Sólo en el cielo habita.»
 Ante la cruz, confusa,
 Llorando se arrodilla,
 Y al Redentor consagra
 Su corazón, su vida.

En este instante mismo
 Crisis la fiebre hacía:
 Junto á su lecho el médico
 Inquieto la examina:
 Sus entreabiertos labios
 Moja con agua tibia:
 Llámala por su nombre:
 Ella la vista gira
 Y a todos ve y a nadie
 Conoce... extraña risa
 La calma de su rostro
 Altera convulsiva.
 El médico a la alcoba
 Do inconsolable habita
 El padre de Diana,
 Va... la ansiedad se pinta
 Del viejo en el semblante.
 —Su vida no peligrá
 (Dice el doctor); tenemos,
 Empero, otra desdicha,
 Pues ha quedado loca

Esa infelice niña.
 El viejo con las manos
 Cubre su faz sombría:
 Lloro, y exclama: «¡Loca!
 ¡¡Loca mi pobre hijal!»

II.

La loca en el campo.—Cántico de Gabriela.—Primeras sospechas de Fernando.—Su juramento.

Era una mañana de Mayo: nublado
 Mostrábase el cielo; dormía callado
 El lago en su lecho de arena gentil;
 Y a veces el viento de Norte soplabo
 Y polvo y aristas al cielo elevaba,
 Doblando en su tallo las rosas de Abril.

Orillas del lago, de blanco vestida,
 La loca aparece: su hermano la cuida;
 La siguen hermanas y madre también.
 Sus rubios cabellos al aire abandona;
 Tejida por ella, silvestre corona
 De pálidas flores le ciñe la sien.

Sus ojos serenos, do el cielo se vía,
 Hundió levemente la pena sombría,
 Y azules ojeras formó en su redor:

Su frente elevada, radiante, obscurece:
 La risa en sus labios, si asoma, fenece;
 Perdió la viveza, la luz, el color.

En la agua serena sus flores deshoja,
 Y ve cómo el agua primero las moja,
 Y luego siguiendo su curso las ve:
 Y así, distraída, sin gozo ni pena,
 Camina o se pára, o ríe, en la arena
 Trazando al capricho figuras su pie.

Súbito inquietóse. . . comprime la ceja,
 Sus manos estrujan su blonda madeja;
 El blanco pañuelo se obstina en morder:
 Señala su diestra la loma cercana,
 Y, llena de enojo, reprende á su hermana,
 Que, puesta a su lado, le impide correr.

Entonces, sabiendo que el canto la calma,
 Le dijo Gabriela: «¿Qué quieres, mi alma,
 Que cante?»—La Loca.—La Loca será.
 A oirla Diana gozosa se apresta;
 Su frente en el seno materno recuesta,
 Y al punto Gabriela comienza a cantar.

«Vedla, vestida de nevado traje,
 Destrenzado el cabello al viento da:
 Por las notas de un órgano guiada,
 Torna obediente al conocido hogar.

Flor que la tempestad del mundo agita,
Perdió el color, la dicha y la razón:
Cual a mansa ovejuela, un fiel criado
La trae al valle que nacer la vió.

Su mirada se clava en el vacío,
Y, los montes su mano al señalar,
Hablando a solas: «Él vendrá, murmura;
«No lo dudéis . . . me lo ofreció, y vendrá.»

Antes niña infeliz, hoy pobre loca,
Deshechos ve los sueños de su amor;
Mas se conserva su virtud sin mancha,
Porque protege a la inocencia Dios.

En los amantes brazos de su madre,
Del irritado padre ella a los pies,
Luego recobra la razón perdida;
La dicha nó, que con su amor se fué!

Mas ¿qué rumor de la montaña páрте
Que hace su pecho de emoción latir?
«María, mi María, (una voz grita)
A enlazarme contigo vengo al fin.»

El amante aparece: á su ventura
Ella crédito dar no puede aún;
Mas él la abraza y la apellida esposa
¡Jamás quedó sin premio la virtud!»

El cántico espira: su rostro levanta
La loca, y da un grito que a todos espanta,
Un grito que a todos el alma partió;
A poco se ríe, y luego, tranquila,
Desde una alta roca su clara pupila
Del lago en las olas brillantes clavó.

Entonces su llanto seguir refrenando
No puede, aunque lucha, su hermano Fernando,
Y exclama así, viendo la niña infeliz:
«¡Hermana querida! mi pobre Diana!
¡Oh! ¿quién al mirarte contenta y lozana,
Pensara que hubiese de verte hoy así?

«En humo trocóse tu claro talento,
Pasó tu hermosura cual flor de un momento.
¿Es ése que vístes el traje nupcial?
¿Es ésa la casta corona de esposa?
¡Oh! más te valiera de fúnebre losa
Dormir al abrigo, dormir allí en paz.

«Mas ¿cómo tan presto turbóse su mente?
¿Dolores acerbos acaso ella siente?
¿De tanta desdicha la causa quién fué?
Terribles sospechas ha días me asaltan:
De tal laberinto los hilos me faltan
¡Oh! ¡quién esos hilos pudiera coger!

«La noche que Diana se enferma, de prisa
Auséntase Carlos y a nadie lo avisa,

Ni ahora se sabe qué rumbo tomó;
Acaso entre Álvarez y él ha mediado
Disgusto profundo por celos causado,
Que al cabo la amaban, no hay duda, los dos.

«¡Hermana, de todas la más adorada!
Fernando lo jura: serás tú vengada
Si encuentro al que infame turbó tu razón:
De toda tu dicha me habrá de dar cuenta,
La angustia pagando que horrible atormenta
Con dudas y sombras mi fiel corazón.»

III.

Entrevista de Álvarez y Fernando.— El gavilán se come al polluelo.—

Alivios de Diana.— El aspirante llega a ministro.

—Es muy cierto que fuí vuestro amigo
Y los dos, a cual más calavera,
Siempre juntos matamos el tiempo
En alegre inmoral francachela.
Mas las cosas de apecto varían;
Mis palabras son, Álvarez, serias:
De Diana hoy se trata, y veréis
Que este asunto a los dos interesa.
Cierta noche la fiebre atacóla,
Noche misma en que Carlos se ausenta,
De tan súbita marcha el motivo
Sin que a nadie en la quinta dijera.

De la fiebre sanó; pero loca
Ha quedado esa niña, cual véisla:
El con ella casábase presto;
Que la amábais es cosa muy cierta,
Y que Carlos y vos esa noche
Conferencia tuvisteis secreta.
Desde entonces juntando los hilos,
He llegado a formar una cuerda
Que de ahorcarme tendrá si no ahorca
Al que en esto culpable aparezca.
Contestadme cual hombre: ¿infundísteis
A ese joven alguna sospecha
Que matara su amor a mi hermana,
Que dañara a su honor. . . . ?

—Me exaspera

Tal lenguaje en tu boca, Fernando:
No mereces, por cierto, respuesta;
Mas de dártela tengo, que el hombre
A quien hoy así agravias, te aprecia.
De un delirio funesto eres víctima:
El amor a tu hermana te ciega.
¿Quién ha dicho que no de la fiebre
Le provino esa extraña demencia
Que por grados su fuerza atenúa?
¿Por qué darle una causa diversa?
Convenceos, Fernando, y oidme:
Que la amé ¿quién dudarlo pudiera?
Mas no tuvo hacia mí simpatía;
Carlos llega, y a Carlos acepta:
Libre el campo le dejo, y mis labios

No profieren siquier una queja.
 En el baile de máscaras Carlos
 A la pieza inmediata me lleva,
 La careta se arranca, y, causándome,
 Os lo juro, profunda extrañeza,
 Refirióme ligero disgusto
 Que con Diana esa noche tuviera,
 Pues notó que, al bailar, dado había
 A otro joven sobre él preferencia.
 Yo culpé sus ridículos celos,
 Él guardó misteriosa reserva
 De la noche en el resto. A otro día
 De su marcha veloz danme cuenta,
 Y me asombro pues no sospechaba
 Que a ese extremo las cosas vinieran.
 Os ha hablado ya el hombre injuriado:
 El amigo en decirte se esfuerza
 Que ni Carlos ni nadie la causa
 Puede ser de que Diana esté enferma.
 Cual amantes los dos se disgustan,
 Con sobrada razón o sin ella:
 El contrato se rompe: aquél pártete,
 Y en su casa la novia se queda:
 En el mundo sucede esto siempre
 Sin que sea motivo de gresca.
 Además, el doctor asegura
 (Tú bien sabes que es pozo de ciencia)
 Que en su máquina Diana llevaba
 De ese mal la semilla funesta
 Horas antes del baile. Me extendo

Al decirte con toda franqueza
 Mi opinión, porque temo que vayas
 Hacia Carlos pidiéndole cuenta
 De su rara conducta: es un oso:
 Pensará que a Diana le pesa
 No atraparle, y, dejando rodeos,
 Tú, Fernando, en ridículo quedas.»

Álvarez de Fernando así conjura
 La cólera impotente y le desarma,
 Tal como suele cariñosa madre
 Con baratija de vistoso aliño
 El enojo aplacar del tierno niño.

La demencia por grados abandona
 A la pobre Diana: su mejilla
 Torna a colorearse; pero mudo
 Su labio permanece; del secreto
 Que en su interior esconde, nadie pudo
 Darse razón: siguió su mejoría,
 Y a volver a la quinta comenzaban
 Con su salud la paz y la alegría.

El partido que Álvarez regía
 Triunfaba en esto: el nombramiento envióle
 De ministro, que encuéntrale tomando
 Taza descomunal de blanco atole,
 Pues también los tribunos se alimentan.
 Dispone su partida: en el espejo
 Vióse y revióse, y de tan fiel registro